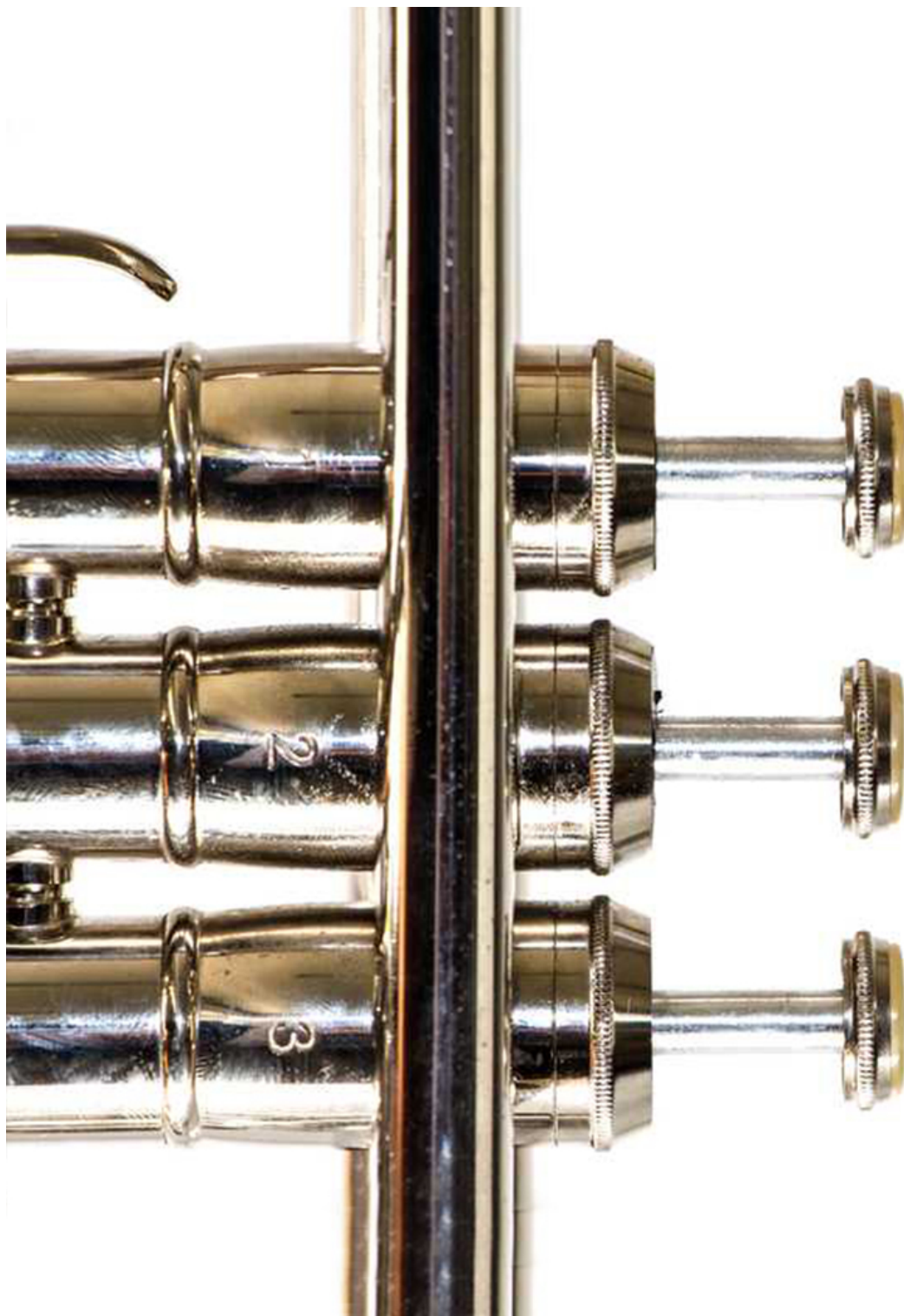


El Músico I

Alvaro Garrido



Capítulo 1

Dejó los codos descansar sobre la mesa, entrelazando sus dedos con ambos índices estirados a la altura de su boca, a modo de pistola.

Dejar por escrito su dimisión le permitía evitar gran parte de una conversación a la que no quería enfrentarse. Una vez terminado, la pantalla del portátil le devolvía el reflejo del email que anunciaba su renuncia al puesto en el conservatorio a cambio de un futuro incierto sin garantías, pero se le antojaba como una autentica liberación ante una situación que le había dejado de aportar las satisfacciones de quien tiene la suerte de trabajar en lo que uno realmente disfruta. Recordó la fábula del lobo y el perro flaco de Esopo, con el convencimiento de que había llegado el momento de romper cadenas y aventurarse en la dificultad que confiere ser un animal salvaje pero libre.

Saturado, se quitó las gafas lanzándolas con cierta violencia sobre la mesa con la intención de mostrar a sí mismo su enojo, pero con la suficiente prudencia de no causarles daño alguno. Se echó hacia atrás en un suspiro profundo mientras frotaba sus ojos con ambas manos y descansaba la cabeza sobre la pared, donde había una marca ya negra por las horas de estudio escuchando jazz y viajando a otros lugares sin moverse.

La visión que le quitaba su creciente miopía, le dejaba un mundo de formas y contornos que en ocasiones prefería. Paradójicamente, escapar de los detalles le ayudaba a concentrarse y pensar con claridad, evitar cruces de miradas con alguna chica en los conciertos que le hiciese fallar alguna nota... o a mantenerse firme y sin fisuras al discutir la calificación de algún alumno disconforme.

Necesitaba huir definitivamente del hastío que le producía acabar con las ilusiones de muchos chicos que tras años de esfuerzo se rendían resignados al hartazgo de un conservatorio donde todo era frío y teórico, anteponiendo la perfección y la técnica a la pasión o el puro disfrute.

En la penumbra de la sala, al encenderse un cigarrillo observó los reflejos dorados que produjo la llama sobre su vieja trompeta que descansaba a su lado. Sintió que le devolvía la mirada disgustada por todo el tiempo que llevaban sin encontrarse. – Pronto volveremos – Dijo en voz alta.

Rememoró un tiempo en el que lo único primordial era tocar y conectar con el público, con los compañeros y también consigo mismo. Improvisando sacas de dentro todo lo que llevas y lo muestras sin tapujos. Cuando todos aplauden sabes que estás bien, que vas por el buen camino y merece la pena seguir adelante a pesar de todo.

Incorporándose de la silla, pegó una última calada y apagó el cigarro a medio fumar buscando sitio en un cenicero atestado de colillas. Se negaba a mirar al futuro y encontrarse como algunos de los otros profesores, que con los años habían agotado su ambición con aburrida monotonía, convirtiéndose en músicos sin música. Llenos de arrogancia y de osadía por pensar que todo lo saben. Faltos de humildad y ambición por crear y descubrir. Incapaces de creer en los demás y su futuro. Ladrones de sueños.

Pulsó el botón y en un instante algo volvió a lucir en su interior. Empezaba de nuevo.